

**LECCION INAUGURAL**

**Y**

**PONENCIAS**

# Lección inaugural

## del Congreso

Tengo que dirigirme a ustedes para abrir, en cierta forma, las tareas de esta reunión conmemorativa del centenario del nacimiento de Juan Ramón Jiménez. Está fuera de toda duda que no soy el más indicado. Cualquiera de ustedes podría decir mucho más que yo en este momento. Están reunidos aquí investigadores de muy distinto signo, grandes conocedores de la obra del poeta y que, sin duda, traerán a este Congreso nuevas aportaciones de su fervor y de su diligencia. La personalidad de Juan Ramón Jiménez se nos ofrece hoy como la de uno de los escritores modernos más trabajada y estudiada, a la vez que brinda a nuestra curiosidad más aristas explorables. De una manera análoga a su preocupación por la perfectibilidad, por la renovación cotidiana y profunda en su lenguaje y en su contenido poéticos, hoy surgen aspectos nuevos en la crítica, ángulos de mira totalmente diferentes. Juan Ramón será, como tantas veces él lo deseó, un poeta eternamente nuevo, "ascendente a su propia luz increada".

Por eso yo no voy a detenerme aquí en hablar de un aspecto del creador. Dejaré esta vertiente a voces más entendidas y acostumbradas a la brega con los secretos del poeta. Me voy a limitar a recordar ante ustedes algo de lo que muchos hemos sido actores o, por lo menos, sujetos históricos: nuestra inevitable contemporaneidad, mejor, coetaneidad (aunque no sea muy exacto, sí, coetáneos, dada su permanente juventud) con Juan Ramón. Cuando se es o se ha sido sujeto histórico de un acontecer cualquiera, sentimos muchas veces el pasmo de no habernos dado cuenta, de haber dejado pasar a nuestro lado una circunstancia de esas capitales, de las que difícilmente volverán a repetirse, y, habiéndola tenido al alcance de la mano, no hemos sabido, torpes, captarla plenamente. No hemos percibido la llamada trascendente de aquello que ocurría a nuestro lado, suceso, voz, aventura, disensión o concordia. Y no puede servirnos de pretexto la falta de lejanía, esa lejanía de que tantas veces nos hablan los libros, para enjuiciar. Es una tonta disculpa. No, no creamos en eso. Tenemos la obligación de estar muy alerta ante lo que pase a nuestro lado. Sólo así podremos apurar nuestro protagonismo histórico y entender la circunstancia en su dimensión justa.

¿Qué ha sido Juan Ramón para un hombre de mi formación y de mi tiempo? La pregunta es muy tajante, difícil de contestar. Porque

implica agolpadas resonancias y llega muy de cerca el espinoso problema de nuestra bárbara educación. Voy a hacer ante ustedes un ligero correteo por esa aventura. Les invito a venir conmigo hacia los años veinte de este siglo, y en Madrid. Es un Madrid que está consiguiendo la estampa que, en líneas generales, todos tenemos ahora. Va creciendo la Gran Vía. Comunicaciones comienza a ensuciar su fachada, el Palacio Real tiene su noble frente del norte oculto por la masa gris y ramplona de las caballerizas y el Ministerio de Marina comienza a estar incómodo en el noble y viejo palacio de Godoy, y empieza a hablarse de que se va a hacer uno nuevo en el Paseo del Prado, en uno de los solares de los jardines del Buen Retiro. El Museo del Prado cierra sus puertas, con verdadero entusiasmo, los días de lluvia y los madrileños entendemos, y mucho, de verbenas, de modistillas, de concursos de vestidos femeninos de 1,50 pts, y de acrobacias en el aeródromo de Cuatro Vientos. Las terrazas de los cafés rebosan de gentes que idolatran a Belmonte o suspiran por el desaparecido Joselito. Benavente y Marquina llenan los teatros y *España* y la *Revista de Occidente* pretenden ir sacudiendo la modorra colectiva, que sigue, metódica, puntual, asistiendo, fiestas de San Isidro arriba, a las funciones del teatro *Apolo*. El estreno de *Divinas palabras* (1920) y la entrada de Azorín en la Real Academia Española (1924) son dos manifestaciones de brillo real dentro de la universal pereza. El aire extremadamente minoritario de las primeras producciones de una generación nueva (Lorca, Alberti, Guillén) es síntoma aclaratorio de muchas realidades. En el otoño de 1923, las carrozas palatinas se guardarán a cal y canto. Ya no irán al Senado para que el Rey pronuncie el Discurso de la Corona e inaugure el período legislativo. El Teatro Real decide irse resquebrajando. Los madrileños pasean, calle arriba calle abajo, por la acera de la Granja del Henar o en la del Ministerio de la Guerra, el Pinar de las de Gómez. Es decir, Madrid es un lugarón, que se pasma al ver los trajes campesinos y se vuelve maleducadamente a seguirlos con la mirada, es una ciudad llena de pregones, de aire limpio y de gracia callejera de género chico. Solamente los enriquecidos con la guerra del catorce se permiten moverse, ir a restaurantes, entender de gastronomía y gastarse, de cuando en cuando, trescientas pesetas por pasar una semana en París, todo incluido.

Pues en ese Madrid, hay colegios, claro es, algunos colegios; no muchos, pero los hay. En la calle de Toledo, ya en los soportales, funciona uno que se llama pomposamente "Colegio Español Francés". Como en tantos, allí,

los colegiales estudian...

mientras la monotonía de la lluvia en los cristales se deja notar, y el maestro con voz sonora y hueca, reparte coscorriones, libro en mano. Es un colegio privado, en el que años antes, estudió el bachiller Pedro Salinas, y al que ahora van otros chiquillos de la mediana burguesía galdosiana, padres que han tratado a D. Benito y quizá le han pedido nuestra eterna recomendación para algo, para lo que sea, a ver, Galdós está bien relacionado y hay que entrar en Correos, en alguna oficina de la Administración, quizá escaparse de ir a Africa en el Servicio Militar, fuese o no de cuota. En este

colegio, los chicos leen con frecuencia en alta voz, mientras el maestro pasea, palmeta en alto entre las mesas. A ese colegio ha llegado, en cierta forma, el influjo de la Institución Libre de Enseñanza, entidad que ya comienza a ser eso, un colegio más o menos dado a las excursiones serranas y a saborear una madurez... De vez en cuando, recuerdo el revuelo imparable, hacia las once menos algo de la mañana, pasan los soldados que van a la parada de Palacio, el espectáculo más madrileño de la época. Los colegiales siguen el ritmo de la banda con las reglas, los libros, los pies, desoyendo las fulminaciones de la pedagogía. Y en castigo, a leer. Los colegiales, repito, leen, leen, leen. Leen cuando no hay nada que hacer, cuando el maestro está cansado, cuando el día negruzco del invierno no ayuda a nada, cuando el tranvía chirría en la cuesta, al pasar bajo el arco de la Plaza Mayor. Se lee para llenar el horario. Los colegiales leen *Corazón*, de Edmundo de Amicis, venga a zamparse heroicidades y viajes infantiles, y reuniones más o menos distinguidas. Qué monótona la voz del maestro, arrullo tenaz bajo la fatiga, mientras va desgranando las aventurillas patrióticas del tamborcillo sardo, del vigía lombardo, subido a su árbol hasta encontrar la muerte, o la actitud quijotesca del patriota paduano, o el larguísimo viaje desde los Apeninos a los Andes... Sí, los chiquillos de entonces estábamos aprendiendo, qué importante, la unidad italiana, la lucha contra el positivismo a fuerza de románticos, despoblada la voz por la rutina, saltándonos los renglones aposta cuando el maestro dormitaba.

Y en ese ambiente, en la misma sala grandota y destartalada, la sala donde se corría, se hacía gimnasia, salón de múltiples destinos del colegio que no tiene campo de juegos, ni biblioteca, ni quizá aire respirable (el juego se hacía en el desaparecido jardín de la Plaza Mayor, a vueltas con los barquilleros, las castañeras, los garbanzos de pega y los triquitraques...), un buen día... ¿Cómo sería la luz aquella mañana del año veintitantos? Estaría todavía torcido en la pared el mapa grandote del Imperio Austro-húngaro que el director no quería renovar, no fuese a enterarse la Reina Madre y lo tomase a mal, y en los mapas de España de una de las clases seguiría la isla de Cuba, con su leyenda trágica de arrogancia mambí y de repatriados cuyas esquelas leíamos un día sí y otro también en los periódicos... El maestro anunció que íbamos a cambiar de libro de lectura, para evitar, dijo, que recitáramos las cosas de *Corazón* que ya nos sabíamos de memoria, naturalmente, a él no se la daba nadie. El nuevo libro, ya lo han adivinado, se llamaba *Platero y yo*, edición de la Residencia de Estudiantes. Todos teníamos el libro flamante, recién comprado. Un aspecto exterior que luego fue tan familiar. De pronto, con irrupción casi violenta, los chiquillos aprendimos a puntuar de otra manera. Supimos que el campo y el paisaje huelen, se mueven, se visten de colores cambiantes. Supimos que la vida no son solamente los heroismos dignos de la estatua en los parques, sino algo más recogido, tierno y caluroso. La lectura se trocó súbitamente en delicada entonación. No se podía aplicar a *Platero* la duermevela susurrante de *Corazón*, ni cabían balbuceos. Casi nos dimos cuenta de una vez ya para siempre de que la lectura es mejor hacerla íntimamente, sin mover los labios. Que no se rompa el silencio que habita su lección: "Las campanas de la torre están sonando en nuestro pecho, al

nivel de nuestro corazón, que late fuerte; se ven brillar, lejos, en las viñas, los azadones, con una chispa de plata y sol; se domina todo: las otras azoteas, los corrales, donde la gente, olvidada, se afana, cada uno en lo suyo —el sillero, el pintor, el tonelero—; las manchas de arbolado de los corralones, con el toro o la cabra; el cementerio, a donde a veces llega, pequeño, apretado y negro, un inadvertido entierro de tercera; ventanas con una muchacha en camisa que se peina, descuidada cantando; el río, con un barco que no acaba de entrar; graneros, donde un músico solitario ensaya el cornetín... La casa desaparece como un sótano. ¡Qué extraña, por la montera de cristales, la vida ordinaria de abajo: las palabras, los ruidos, el jardín mismo, tan bello desde él; tú, Platero, bebiendo en el pilón, sin verme, o jugando, como un tonto, con el gorrión o la tortuga!”

Sí, fué un verdadero nacimiento, una entrada por la puerta grande en otro mundo. El medio familiar, amigo personal de Galdós, venerador del Padre Coloma o de Pereda, se hacía cruces ante aquellos párrafos repletos de color. Descubrían entonces que las tan cacareadas descripciones de *Peñas arriba*, esas largas parrafadas sobre los valles santanderinos, no tenían ni una sola palabra de color, que no existía el detalle que hiciera moverse y vivir un paisaje en un momento justo, la exactitud atenazante de una hora desde el canto de un gallo rasgando el calor del mediodía hasta el madrugador martilleo de una fragua. Sí, la primera redacción que hizo algún escolar de esos días y de esa circunstancia fue puntuada ya con la puntuación de *Platero*, tiranía de las comas bien puestas y separadoras, con un valor escuetamente dramático, comas que exigen la declamación íntima, ajuste inexpresable y rígido entre el pensar y el decir. El español, mi lengua española había entrado en otro ritmo, en otra andadura. Esa puntuación cuidada y de condicionamientos semánticos rotundos aún la sigo teniendo en lo que podríamos llamar la “parte seria” de mi trabajo, es decir, la profesoral (mi carnet de identidad me acusa, o me denuncia, no sé qué término judicial o policíaco emplear, como “profesor”). Y la lengua que empleo en otras cosas menos “serias” (las que, naturalmente, más quiero) tiene en su base la misma preocupación por que todo quede más claro. Aunque sea ambiguamente claro. Decía Mallarmé que cuando quitaba o ponía algo extraño o dificultoso en sus textos lo hacía para que todo quedase más claro. A mí me asalta siempre la puntuación, la construcción de *Platero*, de aquel Platero que en mis ocho, diez años leí por vez primera, detrás de unos cristales sucios, urbanos, cristales de nuestra vieja y desamparada escuela, donde un día *Platero* nos dijo que “donde quiera que haya niños hay una edad de oro”. Lo aprendimos tan hondamente, que, cuando años después he sido profesor en Alemania, jamás he logrado pronunciar Novalis a la alemana, sino “a la platera”, tal y como le descubrimos, inagotable ansia en la lectura a borbotones, sin descanso y acezando, atracción inextinguible del libro nuevo en las manos. Larga caminata ha habido, de veras. Cuando en esas aventuras escolares tuve que hacer una redacción sobre el incendio del teatro de Novedades, septiembre de 1928, copié descaradamente *La calle de la Ribera*, cuando “nos subieron a los niños todos, temblorosos y ansiosos, a ver el barco inglés aquel que estaba ardiendo en la barra...” El incendio, ya lo he dicho, fue en septiembre, la

lluvia de pavesas y brasas amenazando el viejo barrio de mi infancia, en la sequía final del verano. Me parece que hasta el "*¡Qué lujo puso Dios en ti, tarde del entierro! Septiembre, rosa y oro... etc.*" andaba por allí. Después, es verdad, *Platero* se me ha quedado en una imprecisa zona de familiaridad indecisa, olvidadiza a fuerza de conocimiento. "Me olvido de ti, pensando en ti". Pero, en frío, ¿cómo es posible hacer disecciones literario estilísticas y no ver el estrechísimo parentesco, la común filigrana que añada *Platero* con otros textos ilustres? ¿Es que no hay que hablar alguna vez de la abundantísima cita artística que bulle y rebulle en las páginas de *Platero*, donde los nombres de pintores caen poco menos que en lluvia primaveral pintores y escritores, igual que en Valle Inclán? Igual, no. Mejor, porque son más actuales y vividos. Valle no conocía Italia cuando escribe *Sonata de Primavera*, y cita a Botticelli a través de las ilustraciones mediocres de *Alrededor del Mundo*. Pero Juan Ramón ha andado ya por Francia (Ignacio Prat está persiguiéndole día y noche en sus horas francesas) y es pintor él mismo, y no creo que las citas de Courbet, Millet o Böcklin sean pura erudición. No, no lo son, como no lo es el empleo del léxico artístico con rigor, y como no puede serlo el recuerdo de otras situaciones lingüísticas (acabo de leer rimas interiores: *temblorosos y ansiosos*) y tampoco puede ser azar o tropiezo ciego la presencia de ese pueblo que acaba de ofrecernos en el trozo que he leído: silleros, pintores, toneleros... Trozo que recuerda otras apariciones análogas en textos más zarandeados y explotados en esa dirección. Y hemos de detenernos para destacar que los oficios citados en ese trozo de Juan Ramón no son entidades de espectral historia resurrecta, o de ficción, como llegarán a serlo en el famoso poema de Machado. Son los concretos de su pueblo, los que están ahí, al lado, vivitos y coleando. ¿Es que, al presenciar ese "inadvertido entierro de tercera", no se nos ha puesto en pie en la memoria la peregrinación de un ataúd en la noche alta de Toledo, puerta tras puerta, peregrinación macabra que leemos en *La voluntad* de Azorín, o en *Camino de perfección*, de Pío Baroja? Quizá las campanas del trozo leído, ¿no hacen resonar en nuestro interior tantas y tantas campanas, esquilas, cimbaillos, etc., que acosan las páginas de Azorín, de Gabriel Miró? Y ya en este camino, debo recordar cómo también Juan Ramón, dentro de su disciplina elegante, de guante muy blanco, también pone su puntita de agror contra la Real Academia Española, cómo no, y cómo en él, quizá fruto de su relativo, y, desde luego voluntario, apego a la Institución Libre de Enseñanza, no se confunde el pueblo con el campesinado, etc. etc. Tampoco es una mera casualidad que Ronsard se asome al borde de la página, como ocurre también con otros coetáneos, y tampoco lo es que *Platero* nos haya hecho mirar a Fray Angélico con cierto cuidado, preguntándonos cómo era posible pintar el cielo de rodillas. Y tampoco es casual la profundidad de análogo eco entre la Liguria ideal, ciudad sacada del fondo de un primitivo cuatrocentista, y las azoteas blancas de *Noche pura*, recortándose, almenadas también, sobre el cielo azul. Ustedes, estoy seguro, harán de todo esto materia de su trabajo y de sus discusiones aquí, pondrán en evidencia la urdimbre común del tiempo, el parentesco literario y vital de todas esas páginas parentesco entre ellas y la realidad sociocultural española que les dio vida. Yo me limito a apuntarlas, a hacer ver cómo me enseñó *Platero*, a través

de un par de años de leer en voz alta ("a ver, el siguiente, entone usted mejor, señor Zamora, habla usted como un golfillo, calamidad...), que se pertenece a una época tanto o más que por la política, las apetencias, los éxitos y los fracasos, mucho más que por todo eso tan visible, por el lenguaje que empleamos, por la predilección hacia determinadas formas de puntuar o de hablar en general, por la encendida fogarata de pasión o de irracionalidad con que vestimos una voz tradicional (sean por ejemplo nuestras cotidianas *contestar* o *exigir* o como fueron para Juan Ramón su *incendiado* o *incendiar*, hablando del poniente, o la abundancia de *mágicos*, *cándidos*, o el llamar *hondos* a los caminos).

Pasaron los años. Fueron cambiando mucho las cosas. La vida política de España se precipitó en su irrefrenable marcha hacia una explicación de sí misma, y Juan Ramón estaba un poco (o un mucho) al margen del fragor. Se ha hablado demasiado de su actitud política. Puede que todo cuanto se ha dicho sea verdad, les confieso que a mí me da lo mismo. Juan Ramón pertenece a una generación en la que el ocio y el negocio coadyudaban firmemente a que cada cual pudiera hacerse su vida como le diera la realísima gana, y a seguir se ha dicho. El viejo liberalismo ya no se lleva mucho, es verdad, y los que nos educamos en ese culto andamos un poco perdidos. Un héroe de género chico, de vivir hoy, nos diría en tal coyuntura: "Has perdido el satélite, tío, y estás con la órbita deteriorá". Bueno, todo sea por Dios. Pero yo no he podido nunca creer que Juan Ramón estuviera fuera de las realidades. Su proceder una vez acabada la guerra civil nos lo demuestra. Ya nos había dicho Ortega en una ocasión que, para el nacido entre el Bidasoa y Gibraltar, España es el problema primario y perentorio. Juan Ramón no podía escaparse a esta evidente desazón. Juan Ramón vive en Madrid, en la Residencia por lo general, luego tendrá su casa, claro, pero la Residencia de Estudiantes, en la por él bautizada Colina de los Chopos (los chopos del Canalillo, lugar que tanto aparece en las novelas de Pío Baroja y en otra literatura más o menos madrileñista) era el sitio donde mejor se le encontraba. Cuidaba las ediciones de la casa (algún día se verá con claridad su influjo poderoso en el arte editorial), y era fiel a algunas de las manifestaciones de la vida colegial (visita de Ravel, o de María Curie, o el paso por Madrid de Einstein, camino de Norteamérica...) Para un estudiante de aquella inolvidable Facultad de Filosofía y Letras, recién puesta en marcha por la mano de García Morente, la Residencia era su segunda casa, la casa donde no se hablaba de los problemas caseros. Se ve a Juan Ramón de vez en cuando, sin hablarle, claro, se teme siempre las salidas bruscas de su neurosis, su pavor a las enfermedades, la literatura de pasillo, en fin, que sobre él hemos ido creando entre todos. Nos divertía mucho su afirmación, tantas veces traída y llevada, de considerarse obligado desertor de Andalucía, y ya no nos gustaba nada a los jóvenes de entonces aquello de "no escribo en Madrid cuando escribo en Madrid". Y, bien lo sabe Dios, no era por centralismo. Esa faramalla del centralismo es una de tantas boberías como nos inventamos los españoles para parecer que sabemos discutir de algo, es decir, que pensamos, cosa que, la verdad sea dicha no nos sienta muy bien al cuerpo. Era simplemente la disensión porque sabíamos muy bien que, fuere por lo que

fuere, en aquella sociedad la minoría rectora era la que se movía por aquellos pagos, allí palpitaba la actitud intelectual que podía entender a Stravinsky o a Falla, o que sabía que existía Schönberg, gran dislocador de la música, o que Picasso o Juan Gris andaban por el mundo. Esto me llevaría muy lejos. Lo que ocurría era que Juan Ramón pertenecía a la minoría a la que aún dedica la *Segunda Antología poética*, que ha sido nuestro libro de cabecera durante años y años y, lo que es más, durante años muy difíciles, años en los que no había asidero feliz al que engancharse. Hoy han cambiado las cosas, y la poesía va hacia la gran mayoría. Algo ha pasado. Algo grande. Sus propios versos, hacia 1918, ya temían el trueque:

Siento que el barco mío  
ha tropezado, allá en el fondo,  
con algo grande.

¡Y nada  
sucede! Nada... Quietud... Olas...

¿Nada sucede; o es que ha sucedido todo  
y estamos ya, tranquilos, en lo nuevo?

Pues no, no estamos contentos en lo nuevo. Gracias a Dios, la insatisfacción sigue siendo nuestro signo y nuestra cotidiana convocatoria el procurar arreglarla o aliviarla. Pero volvamos a ese Madrid de la Segunda República. Madrid sigue haciéndose su cara. Lorca estrena ya en los teatros (*Bodas de sangre*, 1933; *Doña Rosita*, 1935, *Yerma*, 1934) Azorín y Baroja son académicos sosegados, Valle desempeña puestos oficiales en su soñada Italia o en el Patrimonio de la Corona y el Centro de Estudios Históricos es el árbitro de nuestras letras, como las otras vertientes de la Junta para Ampliación de Estudios lo son del resto de la vida intelectual. En España, cosa inaudita, comienza a crearse ciencia en cantidades notorias y de calidad primerísima. En el caserón recién adquirido por la Junta para el Centro de Estudios Históricos el viejo Palacio del Hielo (todavía años después de la guerra civil se podían leer, bajo el encalado de los muros, los viejos carteles del patinaje), Tomás Navarro, con algunos alumnos jovenzillos y otros más maduros, va echando los cimientos del Atlas Lingüístico de la Península Ibérica y crea el Archivo de la Palabra. Don Tomás Navarro quiere hacer en Madrid algo de lo que ha visto que se hace en Hamburgo y en Viena. Navarro imitó con gran tino la obra del Instituto de Psicología de Berlín o la del Museo de la Palabra, de París. Pretendía recoger las variedades del habla general y dialectal, la música y el Cancionero tradicionales, las manifestaciones artísticas de la lengua literaria y, esto era lo más llamativo, la voz de personalidades destacadas en cualquier quehacer, ya científico, ya artístico. Se comenzó la elaboración de aquellos discos, tan frágiles, se rompían con un soplo, discos que giraban casi como mareados de oficio y que duraban 6 minutos por cada cara: Un prodigio. ¡Qué lejos estábamos entonces de esta urgente necesidad de hoy, este estar pendientes del micrófono y tener que guardarnos, protegernos, de la insolente premura de la técnica! Dentro de poco tendremos que consultar a cada paso la legislación vigente para ver si podemos o no hablar y para



qué o a quién. Pero, entonces, qué aire milagrero tenía aquello. Para algún escritor, todos ustedes adivinan quién, la idea de que su voz resonase después de su muerte era físicamente intolerable: tal angustia le producía. Pues bien, en aquel laboratorio, pobretón e inolvidable, el estudiante de entonces, pasmado ante la presencia de los "grandes", asistía a las grabaciones que la Casa Columbia hacía para el Centro. Sería muy gracioso, altamente gracioso, recordar aquí las peripecias de las grabaciones primeras, con su clima de brujería y de pasmoso portento. Quizá la más divertida fue la de Ramón del Valle Inclán: recitó su trozo de la *Sonata de Otoño* con tanto calor, con tales inflexiones de voz, que el ingeniero encargado de la grabación salió espantado a ver qué le pasaba al sujeto, si había súbitamente enfermado o si era el artillero el que sufría de una alteración al borde del terremoto. Juan Ramón grabó con tino y sabia colaboración. Diciembre de 1931. Lo hizo, para los técnicos de entonces, muy bien. Hasta tal punto, que no se rectificó un ligero desajuste en la lectura del poema, segunda cara del disco: *Partida. Pureza del mar*. Quizá un roce del cuaderno de donde leía, quizá un carraspeo. A todo el mundo le pareció siempre perfecta la voz del disco juanramoniano. En su cara primera, Juan Ramón leyó un texto en prosa: *Gusto: Belleza consciente*. ¿Que estaban todos de acuerdo...? Sí, sí... cómo no, morena Juan Ramón leyó, y es verdad que con voz espléndida: "Desde los cuarenta años (transcrito el texto, que aún guardo, de *Sucesión*, hoja supletoria, entrega 5 a 8 de 1932), tienes ya, en este 1925, cuarenta y tres y pico, la vida jira deprisa, y, en su jiro vertiginoso, el maravilloso prisma coje, aquí y allá, inesperadamente, en alguna faceta, la luz negra de la anchurosa nada. El verdor, la desnudez, el agua inconciente te esperan, no una hora, todo el día, toda la noche; y de ellos es de donde debieras ir cayendo blandamente, como de una suave ladera, al pozo oscuro de lo feo definitivo". Decía que gustó a todos. Pues bien, aún no se habrán terminado las polémicas sobre la entonación y la subsiguiente puntuación de ese *cayendo blandamente como de una suave ladera...* Hay opiniones para dar y tomar y volver a descansar. Juan Ramón ha puesto después orden en el trozo, con algún arreglo y puntuación muy suya y perfecta. Quizá el viejo disco, la grabación, a la fuerza imperfecta, ha desteñido su exquisita entonación pero lo cierto es que una coma ha producido evidente malestar, aluviones de sabiduría comentarista. Es decir, ha hecho verdad lo que se dice un poco después: "¡Valiente billetito falso este de la gloria!" Lo importante era sentirse, como acababa el texto, "a la vez, el amor, el amante y la amada". Es decir, identificación de vida y poesía, su gran lección de madurez.

Por estos años, ya otras voces poéticas se habían adelantado al ruedo nacional, con brillo, con estridencia incluso. El estudiante de esos años comienza a ver en Juan Ramón, tan escondido siempre, tan discutido ya, algo inasible, casi una página de libro a pesar de no haberle abandonado nunca. El horizonte se va trocando, recreciendo. Y a la vez se va complicando, desbordando en confusiones, apetencias, intranquilidades. En España pasó lo que pasó y la realidad espiritual y literaria fue súbitamente desvenecjada, envuelta en un torrente de locura, de sangre y desencanto. Juan Ramón ha vuelto a cruzar el mar y nos lo encontramos en la otra

ribera del Atlántico en sitios diversos, con la inestabilidad propia del desterrado. Es ahora cuando viene mi tercero y último encuentro con el poeta moguereno, el andaluz que

“a todas las llamadas ha respondido con un eco lento”,

como dijo en *La sien pensativa*. (Hermoso poema, por cierto, atravesado de la mejor lírica tradicional, cosa que no creo haya sido puesta de relieve lo suficiente. Juan Ramón emplea en el poema, a manera de ritornello reiterativo, *¿dónde estás, que no te veo?*, pie de una canción ya incluida en el *Cancionero general*, y en el de Resende, y en *El Cortesano* de Luis de Milán, y en la *Lyra* de Fuenllana, y que fue glosada por muchos escritores; caso ilustre Gil Vicente, en la *Fragoa de amor*. Juan Ramón pudo conocer la vieja canción por muchos caminos pero es importante esta entrada de lo tradicional en sus versos). Pero nos estábamos alejando. Volvamos al último encuentro. Estamos en el Buenos Aires aún opulento de 1948. El destierro tiene a veces perfiles suaves, encuentros que son delicadas aventuras, estremecimientos de asombro. Qué vivo está en mi memoria aquel atardecer de octubre en el Hotel Alvear, tan lujosete y burgués, tan detonante, con regusto de años pasados, grandes ventanales sobre el jardín de la Plaza de Francia, el caballo del General San Martín sin acabar de lanzarse al galope, las campanadas de la Torre de los Ingleses en los escasos silencios. Gente que va y viene, llamadas de un lado y de otro, trajín, firmas, telegramas, pataleo de teléfonos... Era muy difícil encontrar un hueco para hablar, para dejar un respirillo tan siquiera a la curiosidad. Juan Ramón desea hablar, y no es por mí, sino porque yo estoy recién llegado de España, cosa atrayente, claro es. Las preguntas se le amontonaban en la boca, con miedo casi de que la contestación pudiese ser desagradable. Personas, (muchas de ellas nombres absolutamente desconocidos para mí), gentes, calles, casas, escaparates, la luz de una esquina... Por todo preguntaba, sin esperar respuesta, a veces dejando entrever que le gustaría tanto volver, que le habían prometido tanto y cuanto... Juan Ramón va y viene por la sala baja del hotel, contesta a alguien, responde a una llamada, encomienda algún quehacer, alguna gestión. Zenobia ha salido a la calle, a comprar alguna menudencia casera, quizá a la peluquería, volverá llena de flores, todo rebosa flores en la habitación, se oye machacón y ácido el susurro de una voz femenina ya cascada, de tono agudo sin embargo, que debe ser la organizadora de la visita de Juan Ramón a Buenos Aires, qué laborioso resulta escaparse de ella... Y, por fin el aparte, la pregunta por la Calle Velázquez...” ¿Es verdad que...? ¿Han tirado la casa de...? Ahora el Retiro estará dorado, con el amarillo mágico del Poniente de octubre...” Juan Ramón ha dicho *mágico* con muchas jotas. La nostalgia aguzada apenas deja ver que anochece, que la señora aquella de la voz cascada etc. etc. manda, y que hay que salir a la calle y dar con la puerta en las narices a periodistas, poetas jóvenes, españoles trasterrados, etc. etc. Juan Ramón va a dar una lectura en la Sala de la Asociación de Escritores, en la calle Florida, a la hora del paseo sosegado del porteño, luces volcándose sobre el bullicio transitorio de la calle comercial, llamativa, gentío, pasajero fulgor de tranvías cruzando... Juan Ramón está cansado, lee con

menos ímpetu que aquella tarde del disco, una tarde madrileña puesta de pie en mi memoria. Pronuncia lentamente, paladeando hacia adentro los sonidos, la emoción posible. Anuncia que su lectura va a ser algo mezclada: poemas del libro *Dios deseante y deseado*, que va a salir enseguida. Un estremecimiento atraviesa la sala, anonadado el murmullo de las pieles ostentosas, de la vana cháchara de aquel público burgués y cambiante que seguía a Juan Ramón un poco deslumbrado, vanidoso de su trato. Y todo porque allá arriba, en el estrado, tras la mesa pomposa, Juan Ramón balbuce más que lee:

La Cruz del Sur se echa en una nube  
y me mira con ojos diamantinos,  
mis ojos más profundos que el amor  
con un amor de siempre conocida

La Cruz del Sur se está velando  
en mi inocencia última  
en mi volver al niñodios que yo fui un día  
en mi Moguer de España.

Juan Ramón lee, impasible, seguidor de sí mismo. El público se deja emocionar ante la cita de Moguer. "¡Ah, el poeta desterrado, pobrecito!". La burguesía presente lloriquea, el poema se convierte en comunicación leal para muy pocos. Aún rige, esa tarde, la minoría, ay, la minoría.

Ya se me confunden en el recuerdo las lecturas de aquella tarde porteña. ¿Eran de *Animal de fondo*, que la Editorial Pleamar dio enseguida, con texto francés al lado? Me son familiares, puede ser que Juan Ramón leyera anticipos, borradores, a lo mejor galeradas, quién podrá saberlo ya. Yo no puedo asegurar nada. Las urgencias eran otras, la presencia de Juan Ramón y de su voz me distraía, se iba la imaginación por un caos de solicitudes, premuras, evocaciones, el confuso y múltiple clamor de lo que pudo ser y no fue. De la tribuna seguía manando su voz:

Aún las montañas no son piedra  
son armonía, luz, elevación,  
instante valedero,  
antes de su caída en otro día.

Aún su ser está dentro,  
son ellas, otra vez,  
en situación mi nombre de ¿nosotros?  
aún no son ¿Guadarrama?  
ni separan ¿Segovia? de ¿Madrid?

(Y yo, el sorprendedor del alba rara,  
no me llamo tampoco, todavía,  
El Andaluz Universal,  
ni El Creador sin escape,

ni El Vencedor oculto,  
ni siquiera El Cansado de su nombre;  
ni vivo aquí, en ¿Velázquez  
96,2.º, ángulo, oeste?  
bajo ¿Don Braulio Máñez de Lecoa?  
sobre ¿Don Teodoro Arpente?

Y casi sin respiro, Juan Ramón termina el poema, y vuelve atrás, a *La Estación total*, como si alguien le pidiese vaivenes de su obra, y lee, lee, se abstrae parece que estuviera solo en la sala, que llegara de la calle el ladrido del perro que no ladra en el Monturrio, ni en Madrid, sino en otros lugares más reales y asequibles, vivideros por lo menos, no es puro azote de ausencias:

Quando se una y se afiance  
a la ineludible superficie  
de nuestra acostumbrada realidad  
y sus caminos y sus aguas  
encuentren su fusión rota en lo oscuro,  
este húmedo teatro  
de fachadas atónitas de aurora,  
tapas de carne horizontal,  
será Madrid de España; y ese harapo  
rojo, lacio, amarillo,  
fin de una caja, cubos ahora huecos,  
para hombres y mujeres,  
será bandera y española... Al fin, nosotros  
coincidiremos con nosotros.

¿Coincidiremos? Creo que sí. Por eso estamos aquí, nos hemos reunido desde muy diversos lugares. Madrid Madrid, qué lejos andabas aquella tarde de la Calle Florida, señoras opulentas y enjoyadas bailoteando en torno a Juan Ramón, la primavera anunciándose desde el río leonado de Borges, la primavera del octubre austral. Juan Ramón se aplica a firmar libros casi en tumulto. No volvimos a hablar. La exigencia de la ciudad enorme, con sus largas distancias, plurales compromisos lo impidieron. En el aire, quedaron desvanecidos sus momentáneos pensamientos de regresos. Ya solo lo haría tras la muerte. A su regreso definitivo, las palabras altas y solemnes menudearon. Para mí, entonces en el hueco provinciano salmantino, fue ver con claridad ya sin máculas su eterno afán de autoexigencia, su lección densa de pulimento, su esfuerzo, visible a través de toda su obra, por hacer un lenguaje nuevo, diferente, adecuado vehículo a su compleja personalidad. A Juan Ramón hemos de acercarnos ya, siempre, en permanente proceso de ahilamiento y de nitidez, y esclavos del fragmento cegador, transido de sazón y de plenitud. Siempre es nuevo, es menester proclamar en alta voz, a seguidores y a

esquivos, su tarea inagotable de perfeccionamiento, su incansable busca de recursos, de claridad, de expresión diversa y recién nacida. "Escribir poesía es aprender a llegar a no escribirla, a ser, después de la escritura, poema en poeta, poeta verdadero en inmanencia conciente. ¡Qué belleza armoniosa y pacífica ese libro en blanco, en blanco voluntario, respetado blanco final, con silencio de muerte y transfiguración!". Seguramente, en esa transfiguración sin apenas palabras se debate, desde el centro de la brisa, la rosa de su famoso y cacareado poema. En el pasajero receptáculo de la rosa se agolpan la lluvia y el viento, la tormenta y la nieve, y la vida toda de la tierra, y los estremecimientos de la primavera gozosamente repetida, ascensión conjunta tallo arriba, depurándose en hojas y espinas, en color y perfume: el poema. La rosa del inevitable poema juanramoniano anda muy cerca de la rosa riliana

aquella, allí, que solo se contiene a sí misma, la que me lleva a la plena conciencia de una poesía que ha llenado con su fulgor el primer tercio del siglo. Después de tanto caminar, tallo arriba, tanta experiencia acumulada,

ahora todo reposa sin pena en una rosa que se abre.

También por la rosa juanramoniana se crece hacia el hondo cielo, añadida imprevista, la nostalgia encendida del Moguer de España, del Madrid de España, tantas y tantas preguntas como no supo formular en la salita del Hotel Alvear, distraído a cada paso por el billetito de la gloria. Se pregunta, la pregunta que nos desazonaba ya en los años mozos, en los primeros contactos con las páginas de *Piedra y cielo*:

Tesoro mío de mañana,  
¿cuál serás tú? ¿Por qué rincones  
de mi alma te escondes y me burlas,  
que hasta parece, ¡ay!,  
que no eres mío?

tiene ahora contestación. Estamos aquí nosotros, somos su tesoro de mañana, el de su propio eco, el de nuestra circunstancia, que ha decidido seguir queriéndole y admirándole, y de manera eficaz y creadora: desentrañando su aliento, dando resonancia actual a su silencio lejano.

ALONSO ZAMORA VICENTE

Real Academia Española